

CRISTIANISMO NO DENOMINACIONAL— ¿BAUTIZADOS EN QUÉ?

J. N. Armstrong

Las personas de habla hispana están tan familiarizadas con la palabra «en», que casi no les parece necesario hacer hincapié en su significado, con el fin de hacerlo más claro. No obstante, a riesgo de aburrirlo, le solicito que preste especial atención al aspecto categóricamente fijo de su significado. Puede que sólo le ayude a un alma a ver más claramente la verdad; y si así sucede, podemos permitirnos el cansar a los demás por el bien de esa única alma.

Ilustremos el uso de esta palabra. Si alguien le anunciara a una madre que su bebé cayó «en» el pozo, la madre sabría exactamente dónde se encuentra el bebé; correría de inmediato y no se detendría hasta llegar a ese pozo. Haría un esfuerzo por sacarlo y hacer que el bebé esté «fuera» del pozo. Del mismo modo, si se comunicara de buena fuente que un ladrón entró «en» una casa, el policía no lo buscaría afuera. Si un hijo le dijera a su padre que las mulas se metieron «en» el maizal, el padre no necesitaría más explicación para entender que las mulas están «fuera» del campo de pastoreo, donde se supone que deben estar, y de donde salieron para entrar «en» el maizal.

Es tan fijo y tan categórico el significado de «en», que siempre lo entenderemos todos del mismo modo. En todo uso de esa preposición, damos por sentado un salir «fuera de» cierta situación para entrar «en» otra. Cuando las mulas se metieron «en» el maíz, ellas fueron obligadas a salir «fuera de» aquello en lo cual se encontraban antes. Es inevitable que así suceda, y toda persona lo entiende y está de acuerdo en usarlo de ese modo. Todo lector estará completamente de acuerdo con cada uno de los demás lectores, en cuanto al significado de «en» en tales oraciones. Es completamente imposible malinterpretar su significado. Me gustaría ver que alguien intentara construir una oración en español que incluyera la sencilla palabra «en», de

modo que, al interpretarla, pudiera ser causa de desacuerdo entre dos personas de corazón recto.

¿Podría una mula meterse «en» un lugar, cuando ya se encuentra en ese lugar? ¿Podría un bebé caer «en» un pozo, cuando ya se encuentra en ese pozo? ¿Puede alguien entrar, meterse, introducirse o de algún otro modo ingresar en un lugar sin haber estado anteriormente fuera de ese lugar? ¿Puede una joven entrar a formar parte de una relación matrimonial después que ya está casada? Antes de casarse, ella está fuera del seno de tal relación; pero al casarse ella entra «en» el seno de esa relación y permanece «en» esta de allí en adelante.

Ahora, con este significado claramente definido de «en», les pido a personas de corazón recto que estudien algunos pasajes claros del Espíritu Santo:

Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mateo 28.19).

Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús (Hechos 19.5).

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? (Romanos 6.3).

Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo (1^{era} Corintios 12.13a).

Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos (Gálatas 3.27).

Por lo tanto, en tiempos neotestamentarios, hombres santos de Dios, movidos por un poder venido de lo alto, bautizaron personas «en» (*eis*) el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Las bautizaron «en» (*eis*) el nombre del Señor Jesús. Las bautizaron «en» (*eis*) Cristo. Las bautizaron «en» (*eis*) la muerte de Cristo. Las bautizaron «en»

(*eis*) un cuerpo. Las bautizaron «en» (*eis*) Cristo; de modo que los que eran bautizados se revestían del Él. Por último, los apóstoles bautizaron personas «para» (*eis*) la remisión de los pecados o para entrar «en» (*eis*) esta.

Si a la palabra «en» de estos pasajes le damos su significado inequívoco, ya no podrá haber confusión. Antes de ser bautizadas, las personas de tiempos neotestamentarios estaban «fuera» del nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, «fuera» de la muerte de Cristo, «fuera» del único cuerpo, «fuera» de Cristo y «lejos de» la remisión de los pecados. Fue por medio del bautismo, que entraron en el seno de las anteriores santas relaciones y bendiciones creadas por Dios.

Por lo tanto, cualesquiera bendiciones que se hayan de recibir por medio de entrar en nombres santos, en la muerte de Cristo, en el santo cuerpo de Cristo y en Cristo mismo, y por medio de entrar en la remisión de los pecados, dependen del bautismo bíblico. Así debe ser, de lo contrario el lenguaje no sería instrumento adecuado para transmitir ideas, y no habría nada transmitido por la facultad del idioma, en lo cual podríamos confiar.

No es de extrañar que cuando Saulo de Tarso, lloroso y dolido, recibió la visita de Ananías, este le dijo: «[...] Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre» (Hechos 22.16). No es de extrañar que Pedro dijo: «[...] en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua. El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva [...]» (1^{era} Pedro 3.20–21a).

Preguntémonos, ¿cómo podían haber enseñado de otro modo los santos hombres? Cuando Jesús dio sus últimas órdenes, Él dijo: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado» (Marcos 16.15–16). En realidad, si Jesús y los apóstoles inspirados no han enseñado que la persona cuyo corazón se prepara adecuadamente, es salva en el momento y

a partir del momento en que se cumple el acto del bautismo escriturario, tal enseñanza no se puede hacer por medio de la lengua humana.

Una vez más, apelo a personas de corazón recto, para preguntar: ¿Por qué tenemos que tomar una bifurcación en el camino, dividiéndonos en partidos, con respecto a la relación del bautismo con la salvación, o con la remisión de pecados, cuando el Espíritu Santo ha sido tan claro al referirse al asunto? Nuestro bendito Señor nos ruega que hablemos una misma cosa, que no haya entre nosotros divisiones, sino que estemos perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer. No entiendo cómo pueden personas de corazón recto y leal seguir siendo leales a Jesús y a la vez separarse en divisiones por enseñanza inequívoca del Espíritu Santo. No entiendo cómo pueden afirmar que son leales y a la vez seguir en la división. Cuando las divisiones se promueven a propósito, y continúan aun ante la clara e inequívoca enseñanza, no hay duda de que el pecado y la maldad están agazapadas a la puerta.

Una vez más, ruego a todos los que están dispuestos a renunciar a «partidos», a «teorías» y al denominacionalismo, que se contenten y estén satisfechos con ser solamente cristianos —nada más que la clase de cristianos que fueron Pedro, Jacobo y Juan. Seamos nada más que la clase de cristianos que fueron todos los miembros de la iglesia que estaba en Jerusalén— nada más que la clase de cristianos que fueron todos los cristianos de tiempos neotestamentarios. ¡Que la fervorosa oración del agonizante Salvador sea otra vez una realidad! ¿Quién de entre nosotros estará dispuesto a desechar todo lo que no pide el Espíritu Santo, para que seamos uno por la causa de Jesús? Esta muestra de unidad agradaría a nuestro Señor; y por medio de ella el mundo perdido podría creer que Dios le envió a Él. ¿Acaso no hay nada que pueda hacer que los corazones rectos procuren la unidad en Cristo? ■